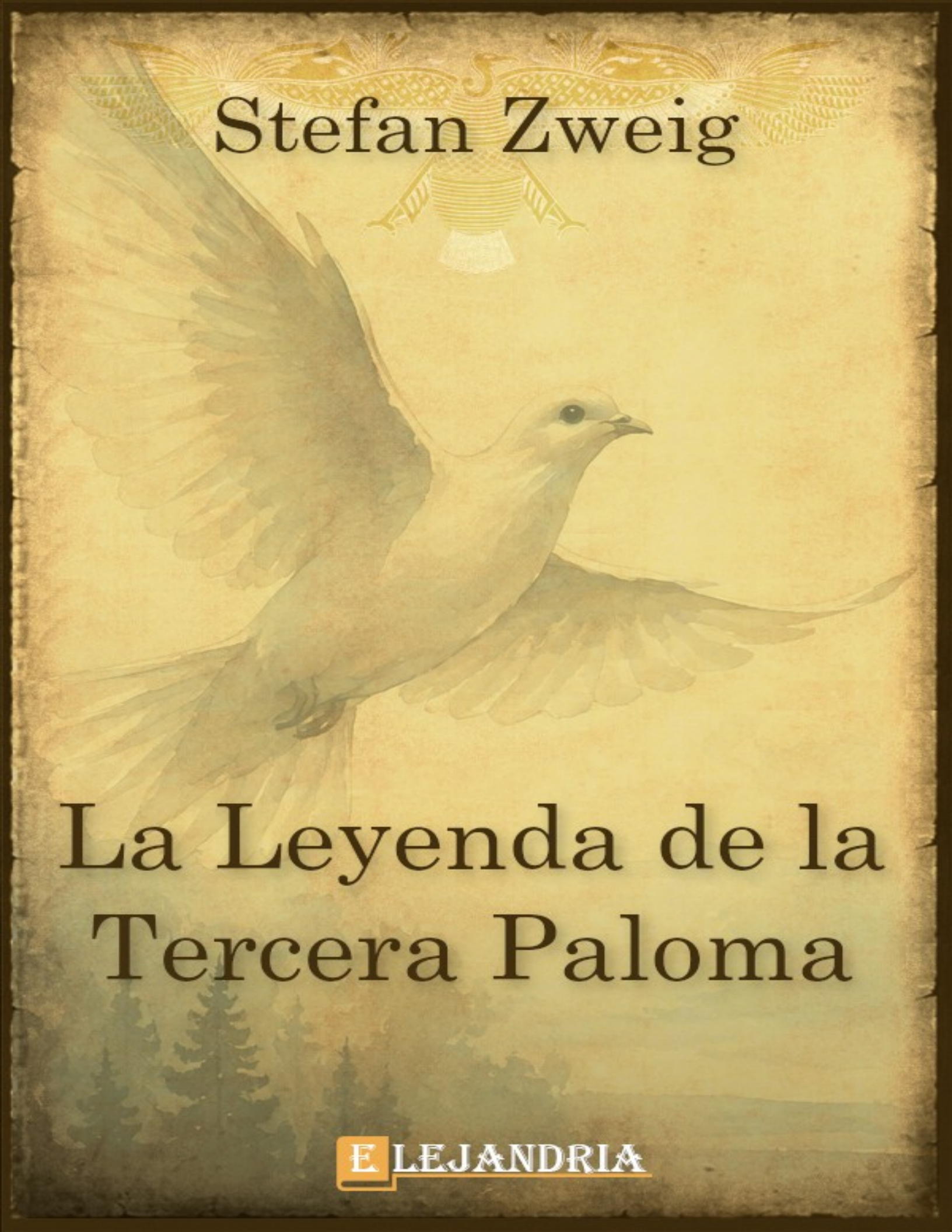




Stefan Zweig

La Leyenda de la Tercera Paloma

E LEJANDRIA



Stefan Zweig

La Leyenda de la
Tercera Paloma

E LEJANDRIA

LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

LA LEYENDA DE LA TERCERA PALOMA

STEFAN ZWEIG

PUBLICADO: 1916
FUENTE: PROJEKT GUTENBERG
TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA

LA LEYENDA DE LA TERCERA PALOMA

En el libro del principio de los tiempos se cuenta la historia de la primera paloma y la de la segunda, que el patriarca Noé envió desde el arca en busca de noticias, cuando se cerraron las compuertas del cielo y se agotaron las aguas del abismo. Pero el viaje y el destino de la tercera paloma, ¿quién los ha referido? En la cima del monte Ararat había varado la nave salvadora, que guardaba en su seno toda la vida que el Diluvio había perdonado, y cuando la mirada del patriarca, desde el mástil, no veía sino ola y oleaje, agua sin fin, envió entonces una paloma, la primera, para que le trajera noticia de si en algún lugar podía ya verse tierra bajo el cielo despejado de nubes.

La primera paloma, según allí se cuenta, se alzó y desplegó las alas. Voló hacia el este y hacia el oeste, pero por doquier había aún agua. En ninguna parte encontró reposo para su vuelo, y poco a poco sus alas empezaron a flaquear. Así regresó a lo único firme que había en el mundo, al arca, y revoloteó en torno a la nave inmóvil en la cima del monte, hasta que Noé tendió la mano y la recogió consigo en el arca.

Esperó entonces siete días, siete días en los que no cayó lluvia y las aguas fueron bajando; luego tomó de nuevo una paloma, la segunda, y la envió en busca de noticias. La paloma partió por la mañana, y cuando volvió a la hora de vísperas, traía en el pico, como primera señal de la tierra liberada, una hoja de olivo. Así supo Noé que las copas de los árboles ya sobresalían del agua y que la prueba había sido superada.

Pasados otros siete días, envió de nuevo una paloma, la tercera, en busca de noticias, y ella voló hacia el mundo. Partió por la mañana y, sin embargo, no volvió por la tarde; día tras día aguardó Noé, pero ella no regresó. Entonces supo el patriarca que la tierra estaba libre y que las aguas habían bajado. Pero de aquella paloma, la tercera, nunca más volvió a saber, ni tampoco la humanidad; jamás se contó su leyenda hasta nuestros días.

Este fue, sin embargo, el viaje y el destino de la tercera paloma. Por la mañana había salido volando de la cámara sofocante del barco, donde en la oscuridad los animales oprimidos gemían de impaciencia y había un tropel de pezuñas y garras, un fragor confuso de bramidos y silbidos y siseos y ladridos; había salido volando de la estrechez hacia la vastedad infinita, de la oscuridad hacia la luz. Pero al alzar ahora las alas en el aire claro y luminoso, dulcemente perfumado por la lluvia, la envolvió de pronto la libertad y la gracia de lo ilimitado. Desde las profundidades relucían las aguas, como musgo húmedo brillaban verdes los bosques, de los prados se alzaba blanco el vaho de la mañana, y la fermentación fragante de las plantas endulzaba los prados. Un resplandor caía, reflejándose, desde los cielos metálicos; en las almenas de los montes el sol naciente se quebraba en infinitos crepúsculos matutinos, como sangre roja relucía por ello el mar, como sangre caliente humeaba por ello la tierra florecida. Divino era contemplar este despertar, y con mirada beatífica la paloma se mecía con las alas extendidas sobre el mundo purpúreo; volaba sobre países y mares, y poco a poco, soñando, se fue convirtiendo ella misma en un sueño alado. Como el propio Dios, fue ella la primera en ver la tierra liberada, y su contemplación no tenía fin. Hacía tiempo que había olvidado a Noé, el anciano de barba blanca del arca, y su encargo; hacía tiempo que había olvidado el regreso. Pues el mundo se había convertido ahora en su patria, y el cielo, en su casa más propia.

Así voló la tercera paloma, la mensajera infiel del patriarca, sobre el mundo vacío, más y más lejos, siempre más lejos, llevada por la tempestad de su dicha, por el viento de su bienaventurada inquietud; volaba más y más lejos, siempre más lejos, hasta que las

alas se le hicieron pesadas y el plumaje de plomo. La tierra la atraía hacia sí con fuerza abrumadora, cada vez más hondo se hundían las alas cansadas, de modo que ya rozaban las copas de los árboles húmedos, y al atardecer del segundo día se dejó caer por fin en lo profundo de un bosque, que aún no tenía nombre, como todo en aquel principio de los tiempos. Se ocultó en la espesura de las ramas y descansó del viaje aéreo. La broza la cubrió, el viento la arrulló hasta dormirla; hacía fresco entre las ramas de día y calor en la morada boscosa de la noche. Pronto olvidó los cielos ventosos y el atractivo de la lejanía; la bóveda verde la envolvió, y el tiempo creció sobre ella sin ser contado.

Era un bosque de nuestro mundo cercano el que la paloma extraviada había elegido por morada, pero aún no moraban en él hombres, y en aquella soledad se fue convirtiendo ella misma, poco a poco, en un sueño. En la oscuridad, en el verdor nocturno, anidaba, y los años pasaban junto a ella, y la muerte la olvidó, pues todos aquellos animales —uno de cada especie, el único que aún había visto el primer mundo antes del Diluvio— no pueden morir, y ningún cazador puede nada contra ellos. Anidan invisibles en los pliegues inexplorados del manto de la tierra, y así también esta paloma en lo profundo del bosque. Alguna vez, ciertamente, le llegaba un presentimiento de la presencia de los hombres: un disparo restallaba y rebotaba cien veces contra las paredes verdes, leñadores golpeaban los troncos, de modo que en torno retumbaba la oscuridad; la risa queda de los enamorados, que se internaban abrazados en algún rincón apartado, arrullaba en secreto entre las ramas, y el canto de los niños que buscaban bayas sonaba tenue y lejano. La paloma sumida, ensimismada en follaje y sueño, oía a veces estas voces del mundo, pero las escuchaba sin temor y permanecía en su oscuridad. Pero una vez, en aquellos días, el bosque entero empezó a retumbar, y tronó como si la tierra se partiera en dos. Por el aire silbaban, zumbando, masas negras y metálicas, y allí donde caían, la tierra saltaba espantada, y los árboles se quebraban como cañas. Hombres vestidos con ropajes de colores se arrojaban la muerte unos a otros, y las terribles máquinas

lanzaban fuego y llamas. Relámpagos subían de la tierra a las nubes, y truenos tras ellos; era como si la tierra quisiera saltar al cielo, o el cielo caer sobre la tierra. La paloma se sobresaltó, arrancada de su sueño. Sobre ella había muerte y aniquilación; como antaño las aguas, ahora el fuego se hinchaba sobre el mundo. Bruscamente desplegó las alas y remontó el vuelo, para buscarse otra morada distinta de aquel bosque que se derrumbaba: un lugar de paz.

Remontó el vuelo y voló sobre nuestro mundo en busca de paz, pero adondequiera que volaba, por doquier estaban aquellos relámpagos, aquellos truenos de los hombres, por doquier la guerra. Un mar de fuego y sangre inundaba la tierra como antaño, un nuevo Diluvio había llegado, y ella volaba presurosa a través de nuestros países, para descubrir un lugar de reposo y luego remontarse hacia el patriarca, a llevarle la hoja de olivo de la promesa. Pero en ninguna parte podía hallarlo en aquellos días; cada vez más alto se hinchaba la marea de la ruina sobre la humanidad, cada vez más lejos devoraba el incendio nuestro mundo. Todavía no ha hallado reposo, todavía la humanidad no ha hallado la paz, y hasta entonces no le está permitido volver a su hogar, ni descansar jamás.

Nadie la ha visto en nuestros días, a la extraviada paloma mítica, la que busca la paz, pero, sin embargo, revolotea sobre nuestras cabezas, temerosa y ya con las alas exhaustas. A veces, solo de noche, cuando uno se sobresalta y despierta del sueño, se oye un rumor allá arriba en el aire, una caza apresurada en la oscuridad, un vuelo perturbado y una fuga desorientada. Sobre sus alas flotan todos nuestros pensamientos oscuros, en su angustia oscilan todos nuestros anhelos, y ella, que tiembla suspendida entre el cielo y la tierra, la paloma extraviada, anuncia ahora nuestro propio destino, la mensajera infiel de antaño, al patriarca de la humanidad. Y de nuevo, como hace miles de años, un mundo aguarda a que alguien le tienda la mano y reconozca que ya es suficiente la prueba.

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE
DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB